

venir de un Sacerdote en el cual fundaba la Iglesia legítimas esperanzas. ¡Ah! ¡de cuánto consuelo sirve en medio de las penas inseparables del ministerio sacerdotal, el poder dar de sí propio este testimonio: Nada he hecho con ligereza; he fortalecido mis proyectos por la reflexión, he consultado...; si el éxito no ha correspondido á mis deseos, no por eso he cumplido menos la voluntad del Señor! *Scientia sanctorum prudentia* (1).—*Dux indigens prudentia, multos opprimet* (2).

Sabio, pues, y al propio tiempo muy feliz, es el pastor de almas que junta á la prudencia de la serpiente la sencillez de la paloma. Unión rara aunque necesaria; la veréis en mí, Señor Jesús, si yo procuro que mi vida se conforme con la de vuestros Sacerdotes santos y principalmente se amolde á la vuestra: *Altus gradus prudentiae est ordinare vitam secundum exempla sanctorum, altissimus ordinare secundum exemplum Christi* (3) Aceptad y bendecid, como frutos de vuestra gracia, el ardiente deseo que tengo y la resolución que formo.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El hombre apostólico debe ser sencillo en su prudencia.* Para convencerse de esto, basta tener idea cabal de la sencillez cristiana y de los vicios que le son contrarios.—El espíritu sencillo sólo tiene un pensamiento, Dios es su objeto; el corazón sencillo no tiene otro deseo que el cumplimiento de la voluntad divina. Se oponen á esta virtud la doblez y la hipocresía. El alma sencilla es enemiga de todo disfraz. Jesús muestra su imagen en el pequeñuelo que propone por ejemplar á los apóstoles y á todos los Sacerdotes, herederos de sus obligaciones. Sencillez en la Fe, en la confianza, en las relaciones con el prójimo. Dios se complace en bendecirla:

(1) Prov.; IX, 10.

(2) Ibid., XXVIII, 16.

(3) S. Bonav.

Quam bonus Israël Deus his qui recto sunt corde.—Generatio rectorum benedicetur.

PUNTO SEGUNDO.—*El hombre apostólico ha de ser prudente en su sencillez.* No es posible guardarse bastante de los impulsos de un celo irreflexivo. Observemos antes de obrar. Aguardemos los momentos de la Providencia sin precipitar su paso. No siempre son los instantes de la gracia los de nuestra impaciencia. Importa que en el Sacerdote sea la prudencia el ojo del corazón. Sin esta virtud el celo se trueca á veces en los más funestos vicios: *Scientia Sanctorum prudentia.*

MEDITACIÓN LVIII

La constancia es la cuarta cualidad del celo sacerdotal

I. Las contradicciones no deben hacer vacilar á un buen Sacerdote.

II. Por el contrario deben fortalecerlo en sus propósitos.

PUNTO I

Las contradicciones no deben jamás quebrantar la constancia del celo

Abandonar la obra de Dios, renunciar á una empresa que entra evidentemente en los designios de la Providencia ó trabajar en ella con menos ardor porque encontremos dificultades, es desconocer la naturaleza del verdadero celo: *Patiens est...., omnia sperat, omnia sustinet*, esta es la constancia. Al entrar en la milicia sagrada, el buen Sacerdote ha previsto continuados combates en los que no será alcanzada la victoria sino por el que esforzado perseverare. Si el Hombre-Dios, á pesar de su prudencia infinita, y de su maravillosa dulzura no ha podido cumplir su misión de otra suerte que siendo el blanco de todo género de contradicciones (1), ¿cómo nosotros tan

(1) Luc., II, 34.

limitados en nuestras luces y virtudes estaremos exentos de ellas?

Para ser perseguido, dice San Pablo, basta querer vivir piadosamente, conformándonos á las lecciones y ejemplos del Salvador (1); ¿qué resignación, pues, deben tener aquellos que no sólo viven esta vida santa sino que también se esfuerzan en propagarla y desean que todos la abracen? Los que tal hacen combaten al infierno y los poderes de este no pueden dejar de desencadenarse contra ellos.

Pasa lo propio con el mundo. El Sacerdote, por su estado, es enemigo decidido de todos sus errores, de todos sus vicios; es el apóstol nato y el defensor de todas las verdades, de todas las virtudes que rechaza el mundo; ¿cómo admirarse, pues, si el mundo se levanta contra él? Aun las gentes de bien tienen enfermedades espirituales que no podemos curar muchas veces sino con el empleo de dolorosos remedios..... Nuestra mano va contra todos, está la mano de todos contra nosotros (2). Por eso tiene cuidado el Hijo de Dios de prevenir esto á sus ministros: «Seréis oprimido en el mundo,» les dice: *In mundo pressuram habebitis* (3). El hermano entregará á su hermano; vuestros parientes y amigos se volverán contra vosotros; los piadosos deseos de vuestro celo serán combatidos por aquellos mismos que debieran secundarlos; seréis aborrecidos de todos por causa mía..... Tened confianza sin embargo, yo he vencido al mundo. No perderéis ni un cabello de vuestra cabeza, y por la paciencia seréis dueños de vuestras almas.

Sabemos cuantas contradicciones se han levantado en todos los tiempos contra los dignos obreros del Evangelio. Las esperaban ellos por lo cual ni fueron sorprendidos ni recibieron conmoción alguna. San

(1) *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur* (II Tim., VIII, 12.)

(2) *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum.* (Gen., XVI, 12.)

(3) Joan., XVI, 33.

Francisco de Sales en la conversión del Chablais, San Francisco Javier al verificarlo en las Indias y el Japón, los apóstoles en todo el universo, ¿se dejaron acaso aterrar por los obstáculos? ¿Qué sería del mundo si los buenos Sacerdotes hubiesen abandonado sus santas empresas á causa de las dificultades que en ellas encontraban?

La Iglesia luchó durante tres siglos nadando en la sangre de sus mártires para conquistar el derecho de la existencia sobre la tierra; y nosotros hombres de poca fe, retrocedemos á la primera prueba. Queremos cosechar antes de haber sembrado..... Pretendemos conseguir por asalto la conversión de una parroquia, que no ha de ser obra sino de largas y penosas labores!.... El celo verdadero es tan invencible como la muerte (1). Espera él el momento de la gracia, al propio tiempo que lo acelera con sus lágrimas y oraciones. Rechazado cien veces, vuelve otras ciento á tener la misma esperanza: *Omnia sperat, omnia sustinet.*

PUNTO II

Las contradicciones, lejos de quebrantar nuestra constancia en los trabajos del celo, deben afirmarla

La razón de esto es muy sencilla, porque son ellas prenda segura del éxito. Las obras de Dios sólo prosperan á la sombra de la Cruz; ¿queréis que rindan frutos abundantes? Regadlas con vuestros sudores, con vuestras lágrimas, con vuestra sangre aun, si es necesario.

Jesucristo fué la prueba de esto: había predicado con elocuencia del todo divina; pero su vida tan perfecta y sus milagros eran otra predicación más elocuente todavía. ¿Quién poseyó nunca como El el arte de convencer, de excitar y de ganar las almas? Y á pesar de esto, ¿qué había alcanzado su celo des-

(1) *Fortis ut mors dilectio.* (Cant., VIII, 6).

pués de tres años de continuos trabajos y carrera? Había reunido un pequeño número de discípulos; y aun de ellos, ¿cuántos le abandonaron después de haberle seguido algún tiempo? Cercano ya á su muerte, queriendo consolar á los que le quedaban fieles, les promete que las cosas van á mudar de aspecto, porque va á servirse de un medio de conversión más eficaz que todos los demás: extraño medio, puesto que va á morir en los oprobios, como insigne malhechor, y va á ser crucificado!... «Cuando yo sea levantado de la tierra, suspendido de un patíbulo, lo atraeré todo hacia Mí» (1). Y en efecto, apenas ha sobrellevado El esta suprema contradicción (2), cuando ya vacila todo el mundo, los pueblos oyen y reciben su Evangelio; porque su muerte ha engendrado á sus escogidos. Si el grano de trigo no hubiera caído en la tierra, no habría dado jamás tan rica cosecha (3).

Puede decirse otro tanto, en proporción, de los Apóstoles y de sus compañeros en el ministerio evangélico; el mundo les aborrecerá, pero se convertirá el mundo. Cuanto mayores sean las persecuciones que tengan que sufrir, multiplicará más sus triunfos y dará más extensión á sus conquistas. Se medita muy poco el sentido de esta sentencia: Dios sólo quiere tener toda la gloria de sus obras: *Ut non gloriatur omnis caro in conspectu eius* (4). Si obtuviérais éxito sin dificultades, sin esfuerzos, quizá lo atribuyérais á vuestros talentos, á la sabiduría de vuestras medidas, y no veríais tan claramente la acción divina; pero cuando llegan obstáculos que no podría superar ninguna fuerza humana, y que á la vez sirven como de auxilio para la ejecución de vuestros designios; cuando surge el bien del seno mismo de las contra-

(1) *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum.* (Joan., XII, 32).

(2) *Qui talem sustinuit a peccatoribus adversum semetipsum contradictionem.* (Hebr., XII, 3).

(3) Joan., XII, 25.

(4) I Cor., I, 29.

dicciones...; cuando en el instante en que todo parecía perdido, se ha salvado todo..., estáis obligados á exclamar con reconocimiento: *A Domino factum est istud; et est mirabile in oculis nostris. Digitus Dei est hic.*

Desconfiad de toda obra buena que no sea contrariada; si no la combate el enemigo del bien, hay que decir que ella le causa muy poca alarma. Esperad, por el contrario, y estad firme en vuestra esperanza, cuando ruge el infierno entero. ¿Qué consuelo el poder, á costa de algunas penas sobrellevadas con paciencia, dilatar el Reino de Dios, hacer amar á Jesucristo, salvar hermanos que os agradecerán eternamente su felicidad! Éxito semejante jamás podrá pagarse de otro modo que con eterna recompensa: *Non terretur pugnae periculo, qui victoriae lætatur triumpho* (1). Animaos, fortaleceos en los combates de vuestro celo considerando por las hermosas palabras de San Cipriano para sostener á su clero en la rudísima prueba de una persecución furiosa. *Ecce agon sublimis et magnus! O quanta dignitas gloriae, quanta felicitas, præsenti Deo congregi et Christo duce coronari! Armemur, viri fratres; præliantes nos spectat Deus, spectant angeli ejus, spectat et Christus.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Las contradicciones no deben quebrantar la constancia del celo.* Cuando entramos en la milicia sagrada debemos contar con rudísimos combates. La victoria y la corona sólo están prometidas á los perseverantes esfuerzos. Después que Jesucristo ha sido objeto de todo género de contradicciones, ¿podemos pensar que estaremos exentos de ellas? Los Sacerdotes tienen por fin el combatir los proyectos del infierno; ¿qué hay, pues, que extrañar si el infierno se desencadena contra ellos? Mueven ellos guerra sin tregua al

(1) Ludovic. Blos.

mundo, á las pasiones y á las virtudes falsas...; va su mano contra todos, la mano de todos está contra ellos. No ignoramos cuántas contradicciones tuvieron que vencer los obreros evangélicos en todo tiempo.

PUNTO SEGUNDO.—*Lejos de quebrantar la constancia del celo, las contradicciones deben afirmarla.* Ellas son la prenda del éxito, por cuanto son el sello de las obras de Dios que sólo prosperan á la sombra de la Cruz. El Salvador, más se hace admirar por sus predicaciones y milagros que por sus conversiones: por sus sufrimientos y su muerte lo atrae todo hacia El. Pasa lo propio con los Apóstoles y con sus compañeros en el ministerio sacerdotal. Desconfiemos de toda obra buena, si no padece contradicción:

MEDITACIÓN LIX

El desaliento, gran obstáculo para la constancia del celo: sus efectos, sus causas, sus pretextos

- I. Es funesto en sus consecuencias.
- II. Frecuentemente es digno de reprobación en sus causas.
- III. Siempre es irracional en sus pretextos.

PUNTO I

Terribles efectos del desaliento

Si los consideramos con respecto á nosotros, nos será fácil conocer que obstáculo ponen á nuestra santificación la pusilanimidad y el desfallecimiento moral que de todo desespera, aun de Dios mismo. El desaliento produce el disgusto de la oración; lo que se hace sin esperanza, se hace también sin voluntad. Le quita su eficacia, porque el Señor escucha y premia la confianza, como fruto de la fe, *Videns Jesus fidem illorum, dixit paralytico: confide, fili* (1). Arroja

(1) Matth., IX. 2.

al alma en un estado de tristeza, de languidez y ceguedad que la dispone á todas las caídas... Pero aquí consideramos sus efectos sólo con relación al celo.

El desaliento enerva su poder. Con él concluyen el vigor sacerdotal, y las resoluciones enérgicas. Habitúa á cierta resignación falsa, que pone por decirlo así, á cargo de Dios desgracias que cada cual debería evitar por sí mismo. El Sacerdote desalentado no emprende nada, ó bien, si hace algún ensayo, es con tal desaliento, que no se preocupa del resultado. Semejante al hombre idiotizado que se queda inmóvil cuando ve su casa abrasada por las llamas, contempla con fría impassibilidad el deplorable estado de su parroquia, y no se mueve á la vista de tantas almas, cuyo padre es él, y que se precipitan en el infierno. Persuadido de que nada se puede hacer, aunque en realidad sucedería lo contrario, toma tan deplorable resolución que se resigna con la eterna perdición de aquellos á quienes debería salvar á toda costa. ¿Qué llegará á ser del rebaño, si el pastor no opone ya resistencia alguna al furor de los lobos? ¿Hasta dónde llevará sus extragos el torrente que no encuentra dique á su paso?

PUNTO II

El desaliento considerado en sus causas es con frecuencia digno de condenación

Puede proceder de excesiva timidez ó debilidad de carácter, que depende totalmente del hombre. A veces es sólo una tentación peligrosa por la cual el enemigo de las almas se consagra á perder á aquellos que tienen el empleo de salvarlas, sabiendo bien que toda su fuerza depende de su esperanza: *In spe erit fortitudo vestra* (1). Pero si él nos hace culpable, podemos señalarle tres causas: el orgullo, la ingratitud y la malicia.

(1) Is., XXX, 15.

1.º El desaliento se asemeja á la humildad, y nada le es más contrario. Si yo buscara sólo la gloria de Dios en mis trabajos, me quedaría tranquilo, cualquiera que fuese su resultado; pero si me turbo, si caigo en abatimiento cuando el éxito no corresponde á mis deseos, es porque busco mi propia gloria; la tristeza á que me entrego prueba mucho menos mi celo por los intereses del Señor que el despecho de ver mi reputación comprometida. Todo el que se deja abatir cuando ve que no ha logrado lo que quería, es hombre que contaba consigo mismo, con sus medios y con la sabiduría de sus medidas. En los buenos Sacerdotes se mide la grandeza del valor por los humildes sentimientos que tienen de sí mismos. Sólo descubren en ellos pecado, incapacidad, miseria profunda, y se guardan de apoyarse en tan quebradiza caña. Hay que desesperar de sí propio, dice Fenelón, para esperar todo de Dios. ¿En dónde podríamos encontrar empresas más atrevidas, ni más firme esperanza que en el humilde S. Vicente de Paúl?

2.º Otra fuente de desaliento es la ingratitud. Hay corazones para los que el reconocimiento es una carga de la que se libran muy gustosos. Hasta á veces se les reprocha esto á los Israelitas, cuando hallándose en alguna necesidad apremiante, en vez de recurrir á Dios, se desalientan y murmuran, olvidando los milagros con que ya había señalado su poder y su bondad respecto de ellos (1), ó si en ello piensan es sin sombra de gratitud: «Es verdad que Moisés hirió la roca é hizo brotar el agua para aliviar la sed de su pueblo; pero ¿se puede decir por esto que podrá también darle pan en este desierto? *Quoniam percussit petram et fluxerunt aquæ... numquid et panem poterit dare?*» (2). ¡Cómo si fuese lo uno

(1) *Obliti sunt benefactorum ejus, et mirabilium ejus quæ ostendit eis.* (Ps. LXXVII, 11.)—*Obliti sunt Deum, qui salvavit eos, qui fecit magna in Ægypto, mirabilia in terra Cham, terribilia in mari Rubro.* (Ps., CV, 21, 22.)

(2) Ps., LXXVII, 20.

más difícil que lo otro! ¡Cómo si el bien que nos ha hecho no fuese la prenda del que nos quiere hacer!

Nosotros vemos sólo las dificultades presentes. Si las comparamos con aquellas de las cuales nos hizo triunfar la Providencia, lo hacemos como fríos calculadores que habiendo pagado sólo con gratitud los beneficios ya recibidos, temen contraer nuevas deudas que no han de ser mejor pagadas. Guardemos en nuestros corazones el recuerdo de los favores de que nos ha colmado Dios, de que nos colma todos los días, y, con todos los hombres de fe viva, espere-mos contra toda esperanza. Una sola misa que me permite celebrar, ¿no demuestra acaso con evidencia infinita que puedo esperar todo de su amor?

3.º Finalmente, el desaliento no es más que un velo con el cual quería ocultar á sí propio su pereza y su cobardía. El ejercicio de cualquier virtud va rodeado de obstáculos: *Virtus in arduo*: la virtud misma sólo es virtud por la lucha que demanda; pero la esperanza se distingue entre las demás por su actividad y su valor. La esperanza comunica audacia santa al corazón, hace nacer los proyectos valerosos, los actos de generosa abnegación, las empresas grandes. El alma cobarde gusta más de dormirse en la molicie: rechaza la confianza que pediría trabajo, esfuerzos, sacrificios; que expondría á penas y contradicciones. Se halla más cómodo el decir: *Es imposible, no hay nada que hacer en esto...*; que el ensayar y poner manos en la obra...; Se envuelve en el manto de la indolencia y se convierte en sistema el evitar cuanto hay de enojoso en la práctica del deber; ¿pero á dónde se camina con este principio?

PUNTO III

El desaliento es siempre irracional en sus pretextos

Los buenos Sacerdotes son los Macabeos de la nueva ley; el Espíritu Santo ha hecho su retrato en dos

palabras: *Præliabantur prælium Israël cum lætitia* (1). Dios quiere el combate, *præliabantur*; pero quiere también la alegría que nace de la confianza, *cum lætitia*; nunca se funda en razón el desaliento; pero sabe cubrirse de pretextos.

Tengo un pueblo irreligioso, depravado, impío, ignorante, enemigo de la verdad!... Hay, pues, que compadecerle mucho; ¡ah! ¡cuánta compasión debe inspiraros! ¡Cómo! ¿aquéllo mismo que debería inflamar vuestro celo, lo resfría y apaga? ¿Para qué sois la sal de la tierra y la luz del mundo, sino para combatir la corrupción y las tinieblas?

Hago supremos esfuerzos y no consigo nada. Los trabajos que no logran éxito en la vida presente, no quedarán sin recompensa en la vida venidera. San Pablo ha dicho: *Abundantius omnibus illis laboravi*; no dice: *Plus omnibus fructificavi*, según lo advierte San Bernardo. *Unusquisque propriam mercedem accipiet, secundum suum laborem* (2). *Reddidit justis mercedem laborum* (3). Siempre es asunto del trabajo únicamente. Plantar, regar, cultivar, he ahí lo que os corresponde; el incremento, el fruto, el éxito, corresponde solamente á Dios. ¡Feliz trabajo aquel cuyo rico salario es seguro, cualquiera que pueda ser su resultado! ¿Cuál es, por otra parte, el Sacerdote que pueda decir «Yo no consigo nada?» ¡Qué! ¿Ni siquiera el impedir una ofensa del Señor? ¿Pero ni aun el sembrar remordimientos y preparar conversiones? ¿Ni el expirar vuestras propias culpas por la caridad y la paciencia?...

No tengo lo que sería necesario para el puesto que ya ocupó, soy muy inferior á mi empleo. Nuevo motivo de confianza. Dios os ha impuesto este cargo, y es vuestra debilidad lo que determinó su elección: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia*. Quiere llevar con vos esa carga y ostentar en vos su poder,

(1) I. Mach., III, 2.
(2) I Cor., III, 8.
(3) Sap., X, 17.

para que sea de El toda gloria. *Ut non glorietur omnis caro in conspectu eius* (1).

Es imposible convertir á hombres tan extraviados, sería preciso un milagro. ¡Imposible! sí, para vos; pero para El todo es fácil. ¿Desde cuándo se ha disminuído su poder? ¿Ha perdido algo de su amor á las almas? ¿Hay nada más frecuente que los milagros de su gracia en la conversión de los pecadores? ¿Contáis con vos ó con El? *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahamæ* (2).

Hace mucho tiempo que agoto mis esfuerzos en esta parroquia, sin ningún consuelo. Esperad todavía. No os pertenece el señalar á Dios los instantes de su acción. Hay tierras frías, en las cuales aun las mejores semillas sólo germinan con lentitud. Quizás tocáis ya al término de vuestras penas, y las alegrías de una santa fecundidad van á compensar en breve tantos años de triste esterilidad. Aun cuando sean ellos los que han de recoger delante de los hombres los frutos de vuestro celo, delante de Dios serán para vos los merecimientos.

Pero si no retrocedo, sucumbiré bajo el peso de mis trabajos, ó bajo el esfuerzo de mis contradicciones.—¡Cuán digna de envidia sería entonces vuestra suerte! Caída como esa, sería para vos la mejor de las victorias: *Sacerdos Dei Evangelium tenens et Christi præcepta custodiens, occidi potest, non potest vinci* (3).

Id al altar: ofreceos al Salvador y prometedle constancia inquebrantable. Cuando se os entregue en la Santa Comunión, oíidle como os dice: *Fili, accepisti Spiritum sanctum ad robur; ne sis igitur pusillanimis. Confortare et noli timere; esto fortis in bello, et pugna viriliter... Etiamsi totus mundus contra te armaretur, ne paveas repentino terrore; ego qui vici mun-*

(1) I Cor., I, 29.
(2) Matth., III, 9.
(3) S. Cyp. l. I, Epist. III, ad Cornel.

duin tecum sum tanquam bellator fortis: idcirco cadent et infirmi erunt (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Funestas consecuencias del desaliento, considerado con relación al celo.* Enerva todo su poder. En él no hay ni rigor sacerdotal, ni energía de resoluciones. Se cree que por cuanto es mucho lo que hay que hacer, no se debe hacer nada, y se ve hasta con frialdad la perdición eterna de las almas. Si el pastor no pone ya resistencia al furor de los lobos, ¿qué será entonces del rebaño?

PUNTO SEGUNDO.—*El desaliento es con frecuencia culpable en sus causas:—Orgullo.* Se buscaba la propia gloria; no se ha conseguido nada, cayendo en el desaliento. Se contaba más sobre sí mismo que sobre Dios, no se tenía el convencimiento de la propia nada. Es preciso desesperar de sí mismos para esperar todo de Dios.—*Ingratitud.* Si pensara yo en los favores de que me ha llenado y me llena Dios, esperarí aun contra toda esperanza.—*Flojedad.* Se encuentra más cómodo el decir: *Esto es imposible*, que el ensayar y poner manos á la obra. Se procura dormir en la molicie ó en la inacción antes que hacer esfuerzos.

PUNTO TERCERO.—*El desaliento es siempre irracional en sus pretextos.—Mi pueblo es malo;* pues eso mismo debe inflamar vuestro celo.—*Trabajo sin éxito ninguno;* ¿de qué lo deduceis? ¿Mide acaso Dios la recompensa según el éxito? *Es imposible conquistar á hombres tan perversos;* para vos, sí, pero para Dios todo es fácil.—*No tengo lo que se necesita para este empleo;* mayor motivo de confianza: *Infirma mundi elegit Deus.*—*Hace mucho tiempo que espero en vano el fruto de mis trabajos;* esperad todavía. No os pertenece el señalar á Dios los momentos de su gracia.— *Si no retrocedo sucumbiré;* ¿Cuán envidiable sería entonces vuestra suerte!

(1) Memorial. vit. sacerd. c. 64.

MEDITACIÓN LX

El celo en acción: conversión de la Samaritana

- I. Su trabajo.
- II. Su resultado.

PUNTO I

El trabajo del celo en la conversión de la Samaritana

Hallamos en la conducta del Salvador con esta mujer todas las cualidades del verdadero celo, las que han sido el argumento de las meditaciones anteriores. Tres especialmente se muestran más notables: la industriosa actividad, la discreción, y la condescendiente suavidad.

1.º Jesús deja una comarca y va á otra (1): pasa de una á otra conquista. *Decís que la cosecha será después de cuatro meses, y yo os digo que ya está pronta* (2); para un obrero digno del Evangelio siempre es tiempo de cosecha, porque hay siempre colecta que hacer. Cuántas almas ¡ay! sólo aguardan nuestro afán, nuestros cuidados, para salir del vicio ó para adelantar en la virtud! *Convenía*, dice S. Juan, *que Jesús pasase por Samaria.* Sí, Señor, era necesario en cierta manera: la caridad guiaba vuestros pasos; allí teníais dada cita á un alma que estaba predestinada á ganaros otras; salvarla era una necesidad para vuestro Corazón: *Oportebat eum transire per Samariam* (3). ¡Oh Buen Pastor!, no ahorráis viajes ni fatigas, para que vuelva al redil la oveja extraviada: *Jesus ergo fatigatus ex itinere sedebat.* Era la hora sexta (4), la mitad del día había pasado ya; no había que perder ni un solo instante.

(1) *Reliquit Judæam, et abiit iterum in Galilæam.* (Joan., IV, 3).

(2) Joan., IV, 35.

(3) *Ibid.*, 4.

(4) *Ibid.*, 6.